

EL SACERDOTE

SANTIFICADO MEDIANTE LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN

PARTE SEGUNDA

La santificación del sacerdote en sus progresos y consumación; ó sea, verdades que se refieren á las tres últimas semanas de los ejercicios de San Ignacio.

INTRODUCCIÓN

Cuando Jesucristo asocia á la obra incomparable de la redención á sus sacerdotes, elevándolos á una dignidad incomprendible, por la misión y los poderes que les otorga, también les impone grandes obligaciones: de esas hemos meditado hasta aquí la primera y más indispensable, que es la inocencia de vida en el grado de perfección que es compatible con la debilidad humana. De esa suerte ¿podrán representar al Santo de los santos, y llegar á ser cooperadores de su celo para la salvación del mundo, si no se desprenden de los lazos del vicio por medio de una pureza casi angelical, si no se abstienen de todo cuanto pueda tener sombra de pecado, á fin de no escandalizar á aquellos á quienes deben al propio tiempo predicar la divina palabra y edificar con su buen ejemplo? Las meditaciones precedentes, encaminadas á destruir en nosotros el pecado, sus causas y efectos, han debido conducirnos á este punto. ¡Dichoso el estado del corazón puro! sólo él tiene el privilegio de ver á Dios (1); aun en esta

(1) Matth., V. 8.

vida participan de los goces de la celeste bienaventuranza. Mas estos no son sino los preludios: nos queda por andar muy larga jornada hasta llegar á la perfección que nos es propia. Evitar el mal no es otra cosa que la santidad negativa, y si ésta no es suficiente para el cristiano ¿cómo podría serlo para el sacerdote?

El hombre destinado al servicio de los altares sólo es perfecto cuando se ha hecho apto para desempeñar tan delicado como santo ministerio: *Ut perfectus sit homo Dei et ad omne opus bonum instructus* (1). La justicia, que es su propia vestidura, debe brillar en él con grande resplandor: *Sacerdotes tui induantur justitiam* (2). *Eluceat in eis totius forma justitiæ* (3). San Pablo no se limita á pedirle que sea *irreprehensible*, quiere que esté *adornado* (4). Pero ¿cuáles son los adornos del sacerdocio católico? ¿qué justicia y perfección se exige de nosotros? La Iglesia nos lo dice por medio de sus doctores: *Ornent clerici animas suas ornamentis dignissimis.... decore pudicitie, splendore justitiæ, candore, pietatis* (5). Pero ¿en dónde encontraron este ornato tan grave y santo como es el que les pide tan sublime dignidad? Nos lo enseña San Cirilo: *Formam Christi sumite vestem, ut habitus et forma illius undique fulgeat et representetur in vobis*. San Gregorio Nacianzeno reproduce el mismo pensamiento con tal precisión que le da mayor energía: *Christus magna sacerdotum tunica* (6).

Así pues, revestirnos de Jesucristo, cubrirnos con el manto real de sus virtudes, hacer que el mundo conozca al Verbo hecho carne, al hombre ejemplar, en la persona de sus ministros, para ser verdaderamente lo que representamos, debemos adoptar sus juicios, su vida, sus costumbres, y en una palabra, imitar á nuestro divino Reparador transformándonos en El, según la medida de las gracias que nos da: hé ahí lo que sostiene en toda su dignidad la honra del carácter sacerdotal, lo que forma á los sacerdotes según el corazón de Dios, y conforme á los deseos de la Iglesia y á las necesidades de los pueblos.

- (1) II Tim., III, 17.
- (2) Ps. CXXXI, 9.
- (3) Pontif.
- (4) I Tim., III, 2.
- (5) San Clemente.
- (6) Orat.

Este será el asunto de todas nuestras reflexiones, súplicas y resoluciones.

En esta segunda parte, oiremos al Hijo de Dios que nos repite sin cesar lo que dice á sus discípulos, especialmente á los hombres apostólicos: *Tu me sequere* (1). En Jesús hemos de reconcentrar indispensablemente, por ser modelo infalible y la misma amabilidad, todos los pensamientos de nuestro espíritu y los afectos de nuestro corazón. Vamos á seguirle paso á paso, como á guía fiel, desde que vino á habitar entre los hombres por el misterio de la Encarnación hasta su Ascensión gloriosa. En todas partes y en toda circunstancia nos dirá por medio de sus ejemplos, con los cuales quiso dar la más auténtica confirmación á sus discursos, lo que Él espera de nuestro amor y de nuestra abnegación en servirle. Las virtudes del sacerdote y del pastor, nos proporcionarán aquí abundante y sucesivo pábulo á nuestras meditaciones.

Como hubo para el Salvador, así hay para nosotros sobre la tierra una vida oculta, una vida pública, una vida de sufrimientos; y, si somos fieles, habrá en el Cielo para nosotros como para El una vida eternamente gloriosa. La primera se relaciona con nuestra santificación personal y nos alcanza las bendiciones reservadas á nuestro apostolado: procuramos en ella imitar en lo posible la vida misma de Jesucristo. La segunda se ocupa de la santificación del prójimo, y se consagra á comunicar á las almas la vida divina que hemos bebido en su fuente adorable. La tercera fecundiza nuestros trabajos y los hace más abundantes en frutos para la gloria de Dios y la salvación de nuestros hermanos, puesto que son nuestros sufrimientos los que procuran ambas cosas con mayor eficacia. La cuarta será la recompensa de nuestros esfuerzos generosos y constantes.

Meditando los treinta primeros años de Jesucristo, nos esforzaremos en llegar á ser santos. En los tres de su vida pública aprenderemos el gran secreto de hacer santos á los demás, el verdadero celo, las cualidades que debe tener y en qué ministerios lo hemos de emplear. En su Pasión nos enseñará á qué precio hemos de comprar los resultados apos-

(1) Joan., XXI, 22.

tólicos. Finalmente, después de su resurrección ha de ofrecernos la prenda de la gloria que nos espera y el dechado de esa unión íntima con Dios, que es ya algo así como la anticipación de la vida del Cielo.

La primera parte representa al pueblo de Dios saliendo de Egipto y rompiendo penosamente sus cadenas; la segunda en su viaje por el desierto, guiado por una nube luminosa, y estableciéndose luego felizmente en la tierra prometida. Imposible sería el dar un solo paso para seguir á nuestro Salvador: carecemos del verdadero espíritu de fe y sacrificio, que son el fundamento de toda sólida perfección; ellos nos servirán de tema en algunas meditaciones preliminares.

Hé aquí, pues, el orden y plan de esta segunda parte dividida en seis secciones:

1.^a El espíritu de fe y de sacrificio, disposiciones necesarias para seguir á Jesucristo y entrar de lleno en su vida.

2.^a Jesucristo, ejemplar por excelencia de los escogidos y en especial de los sacerdotes, nos invita á seguirle en el camino de la verdadera santidad; razones apremiantes que nos obligan á seguir sus huellas, y á poner en práctica esta imitación.

3.^a Virtudes especiales de que nos da ejemplo el Salvador en los misterios de su Encarnación, de su Nacimiento, y durante los treinta años de su vida oculta.

4.^a Jesús, por medio de los ejemplos de su vida pública, nos hace aptos para procurar la gloria de Dios y la salvación del prójimo.

5.^a La vida de sufrimiento de Jesucristo nos sostiene y nos anima en medio de las penas y tribulaciones del ministerio apostólico.

6.^a Jesús resucitado es, por último, la prenda de la gloria que nos está reservada, si le somos fieles, y el modelo de esa unión íntima con Dios que nos hace participar de antemano la vida del Cielo.

SECCIÓN PRIMERA

DOS DISPOSICIONES ESENCIALES PARA SEGUIR Á CRISTO EN EL CAMINO DE LA SANTIDAD, Á SABER: EL ESPÍRITU DE FE Y EL ESPÍRITU DE SACRIFICIO.

MEDITACIÓN PRIMERA

El espíritu de fe

- I. En qué consiste.
- II. Cómo nos salvamos por él.
- III. Cómo nos hace aptos para salvar á nuestros hermanos.

PUNTO I

En qué consiste el espíritu de fe

En una convicción tan profunda é íntima de las verdades de la Religión que el que la posea se halle siempre bajo el suave influjo de estas santas verdades, llevando constantemente consigo esa impresión saludable que le anima en todos los pormenores de su vida, del mismo modo que el alma anima al cuerpo en todos sus movimientos. Esto es lo que el Apóstol llama vivir de fe, y lo que constituye la verdadera justicia: *Justus autem meus ex fide vivit* (1).

En el hombre justo la fe no se manifiesta solamente por algunos actos pasajeros, ni aun siquiera frecuentes, sino que viene á informar y santificar su vida interior en todas sus manifestaciones, haciendo circular el espíritu de Jesucristo en todos sus pensamientos, afectos, palabras y obras, como el alma

(1) Hebr., X, 38.

hace circular la sangre por todas las venas y, apoderándose de su sér, lo penetra, lo transforma y le da vida sobrenatural. Si nos dejamos dirigir por este soplo divino, llegaremos á ser hijos de Dios: *Quicumque spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei* (1). Notable es esta expresión *aguntur*; el hombre de fe, el hombre justo é hijo de Dios, tiene por principio de acción el Espíritu Santo que es el espíritu de Jesucristo. No es ya él el que vive: Jesucristo es el que vive en él. Sí, vive en él, piensa en él, en él habla, por él obra..... ¡Qué dignidad, qué mérito, qué perfección se descubre en el hombre de fe! Pero, separado del espíritu que la vivifica y le hace practicar obras santas, la fe es un cuerpo separado de su alma, es una fe muerta; el apóstol Santiago lo repite tres veces en un mismo capítulo (2).

Vivir pues, de fe es mirar los objetos naturales ó sobrenaturales conforme el conocimiento que Dios tiene de ellos y nos comunica á nosotros por la revelación, apreciando todas las cosas según este conocimiento divino. Así, pues, debemos considerar los honores y los oprobios, las riquezas y la pobreza..... en una palabra, todas las cosas, no á la luz de nuestra débil razón, ni según el falso brillo de las máximas del mundo, sino á la luz y con el criterio de la verdad infalible que nos las hace juzgar como el mismo Dios las juzga. Concluyamos de aquí que si la fe es muy común y se halla muy propagada, el espíritu de fe ó la fe viva es desgraciadamente muy rara. ¡Ah! si yo no creyera, nada haría conducente á mi salvación; pero si tuviera ese espíritu de fe viva..... ¿haría tan poco ó nada como ahora hago para salvarme? Si no tuviera fe, no tendría la dicha de subir al altar; pero si tuviera la fe viva que debiera tener ¿cómo había de quedarme tan frío en medio de tan ardientes llamas de amor?

(1) Rom., VIII, 14.
(2) Jac., II, 17, 20, 26.

PUNTO II

Cómo nos salvamos por el espíritu de fe

Cuando Jesucristo nuestro Señor promete la salvación en términos tan formales al que creyere y fuere bautizado (1), no habla, por cierto, solamente de una simple adhesión de nuestro entendimiento á las verdades que nos enseña, ni mucho menos aún de una vana admiración de esa doctrina celestial, lo cual resultaría un homenaje estéril, dice San Bernardo, en que la fe de las palabras no concuerda con las obras; Jesucristo habla solamente, como lo explica el apóstol San Pablo, de esa fe viva, práctica, *que obra por la caridad* (2): esa es la fe que nos salva por la influencia que ejerce sobre nuestros pensamientos, sobre nuestros afectos y sobre nuestras obras: pone la verdad en nuestros pensamientos, la santidad en nuestros afectos, el mérito en nuestros actos, aun los más insignificantes en sí mismos, y á los pensamientos, afectos y acciones que eran indiferentes y sin mérito alguno, los hace vivos y meritorios.

1.º San Pedro compará la fe con una lámpara que sirve para alumbrar en un lugar oscuro mientras llega el día: *Lucernæ lucenti in caliginoso loco, donet dies elucescat* (3). Cuando el gran día de la eternidad apareciere, absorberá la luz de la fe con otra luz más resplandeciente: hasta entonces nos hallamos en tinieblas. ¿Quién no se compadecería de un hombre que en medio de una noche oscura caminase por un sendero rodeado de precipicios sin llevar alguna luz? ¿cuántas veces tomaría las sombras por realidades, y temblaría cuando nada tenía que temer!

(1) Marc., XVI, 16.
(2) Gal., V, 6.
(3) II Petr., I, 19.

¡Oh infeliz! camina con falsa seguridad, y creyendo poner el pie en sitio firme, rueda por un precipicio al abismo! ¡Triste imagen de muchos cristianos, y quizás sacerdotes que no tienen sino una fe estéril, casi extinguida, sin vivacidad alguna, que no arroja por el camino por donde van sino algún resplandor pálido é incierto: de ahí ¡qué caídas! ¡qué ceguedad! Llaman bien á lo que es mal..... regocíjense cuando tendrían que llorar. ¡Oh, cuán de otra manera camina el que, teniendo siempre encendida la antorcha de la fe, se deja guiar por su luz! ¡cuán al abrigo se halla de todo error en lo que concierne á la salvación! ¡cuán de otro modo sabe apreciar las cosas de este mundo! Ve y conoce lo que son y lo que valen; porque las ve á la luz y, por decirlo así, por los ojos de Dios mismo: *In lumine tuo videbimus lumen* (1).

2.º Además, como el entendimiento es el que da al corazón sus afectos, *ignoti nulla cupido*, si mis conocimientos, unidos á los de Dios, participan de su inefable verdad, los sentimientos de mi corazón, procediendo de la misma fuente que los suyos, participan también de su infinita santidad; estimo y quiero lo que El estima y quiere; desprecio y aborrezco lo que El desprecia y aborrece; amo lo que El ama..... Amor y aborrecimiento, temor y deseos, todo se halla entonces en mí en un orden perfecto. Así es como la fe purifica el corazón (2); y lo santifica, al mismo tiempo que preserva al espíritu de todo error. En el momento en que me descubre la nada de las criaturas, retiro mi afecto de ellas; y al hacerme ver la grandeza, la hermosura, el poder, el todo de Dios, me lleva y me une á este Bien Supremo, y hé aquí mi salvación: *Dominus illuminatio mea, et salus mea* (3).

3.º La influencia de la fe sobre nuestras obras contribuye también eficazmente á nuestra felicidad eterna por el mérito que les comunica á todas, grandes y pequeñas. La acción es el producto de los pen-

(1) Ps. XXXV, 10.

(2) *Fide purificans corda eorum.* (Act., XV, 9.)

(3) Ps. XXVI, 1.

samientos y de los afectos, y saca todo su valor del principio de donde emana: *Si radix sancta, et rami* (1).

El apóstol San Pablo hace resaltar admirablemente la diferencia que hay entre los verdaderos cristianos que no se guían sino por la fe en toda su conducta, y los otros que sólo se dejan llevar por los sentimientos de la naturaleza. El fundamento de sus obras es el mismo Jesucristo (2). Pero así como el hombre de fe coloca sobre este fundamento divino los más ricos metales, el oro, la plata, las piedras preciosas, el otro no emplea en la construcción de su frágil edificio sino madera, heno y ligera paja. ¡Oh, y qué magnífica recompensa está reservada al primero, y qué triste desengaño al segundo (3). La justicia de Dios, como un fuego devorador, probará estas obras; las de la fe y de la caridad brillarán como el oro que ha pasado por el crisol; pero ¿qué quedará de esas obras cuyo único móvil ha sido la naturaleza y la vanidad? Nada más que polvo vil. Así, en la vida del justo todas sus obras son meritorias, precisamente porque vive de fe; si ora, es con espíritu de fe; si conversa, si lee, si escribe, es con espíritu de fe; si se alimenta, si da algún descanso á su aplicación, es siempre con este mismo espíritu de fe. Todos los acontecimientos de la vida, buenos ó malos, la enfermedad, la salud, los desprecios, los honores..... todo lo dirige como término á lo que le dicta la fe; así es cómo aumenta sin cesar el tesoro de sus méritos, y todas sus obras son obras de salvación.

(1) Rom., XI, 16.

(2) *Fundamentum aliud nemo potest ponere; præter id quod positum est, quod est Christus Jesus* (I Cor., III, 11).

(3) *Si quis autem superædificat super fundamentum hoc, aurum, argentum, lapides pretiosos, ligna, fenum, stipulam..... uniuscujusque opus quale sit, ignis probabit.* (I Cor., III, 12, 13.)

PUNTO III

Cómo el espíritu de fe nos hace aptos para salvar á nuestros hermanos

El es en nosotros el mismo espíritu de Jesucristo, la misma verdad de Dios. Como verdad, nos hace ver la dignidad de las almas, el valor infinito de la Sangre divina que ha sido derramada por su salvación, la soberana excelencia de la gloria de Dios que procuramos al salvarlas.... y de esta suerte inflama nuestro celo, haciéndonos capaces de toda clase de sacrificios, de toda abnegación. El espíritu de fe, así como el espíritu de Jesucristo, fecundiza en nosotros todas las funciones de nuestro ministerio, da á nuestras palabras en el púlpito, en el confesonario, á la cabecera de los enfermos, una unción que los conpenetra y conmueve. La voz del que no era sino un niño por su talento, se hace elocuente (1), y obra milagros de gracia, porque no es sino la voz del mismo Dios: *Vox Domini in virtute, vox Domini in magnificentia*. Voz que rompe los cedros, abate la ciencia orgullosa, hace caer contritos y humillados á los pecadores al pie de la Cruz: *Vox Dominiconfringentis cedros*. Conmueve y vivifica las almas muertas desde largo tiempo que se asemejaban á un estéril desierto: *Vox Domini concutientis desertum* (2). Un solo sacerdote animado de este espíritu bastaría para convertir y salvar todo un pueblo (3). *Suficit unus homo, fidei zelo succensus, totum corrigere populum*.

Al terminar pues, la oración, postrado humildemente, pediré perdón á Dios nuestro Señor del agravio hecho á su gloria, dejando debilitar en mí esta viva fe que hizo mi felicidad y dió mérito á mis obras en los primeros años de mi sacerdocio. Le suplicaré

(1) *Linguae infantium fecit disertas*. (Sap., X, 21.)

(2) Ps. XXVIII, 8.

(3) San Juan Crisostomo., Hom. I, ad pop.

con fervor renueve en mí la juventud de aquellos dichosos tiempos, y, para corresponder mejor á su gracia, me aplicaré á escuchar más atentamente y á seguir con más docilidad las máximas y consejos de la fe que son las inspiraciones del Espíritu Santo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.— *En qué consiste el espíritu de fe*. En una convicción tan profunda de las verdades de la Religión que ellas se posesionan de todo nuestro sér, le penetran y le animan.... Esto es lo que San Pablo llama vivir de fe y lo que constituye la verdadera justicia. Vivir de fe es considerar las cosas tanto naturales como sobrenaturales teniendo por base el conocimiento que Dios de ellas nos proporciona por medio de la revelación, y ajustando nuestra vida á ese conocimiento. Es juzgar de la honra y del desprecio, del placer y del sufrimiento como de ellos juzga el mismo Dios. Hay que convenir que si la fe es muy común, el espíritu de fe es por el contrario muy raro.

PUNTO SEGUNDO.— *El espíritu de fe nos santifica y salva*. Inspira la *verdad* en nuestros pensamientos, la *santidad* en nuestros afectos y el *mérito* hasta en nuestras más insignificantes acciones. 1.º La verdad en nuestros pensamientos. La fe es una lámpara que nos ilumina en medio de las tinieblas de esta vida. Si ella no derramara en su derredor sino una luz pálida é insegura nos veríamos expuestos á mil ilusiones. Pero cuando uno obra á la claridad de una fe viva, está al abrigo de todo error, ve las cosas á la luz, y, si cabe la expresión, con los ojos del mismo Dios. 2.º Santidad en nuestros afectos. Si yo veo las cosas según las ve Dios, entonces apreciaré lo que El aprecia, y amaré lo que El ama. La fe me descubre la nada de las criaturas y consigue que se aparten de ellas mis afectos; me enseña que en Dios lo hallaré todo, y me impele hacia ese Bien Supremo. Puedo decir con razón que *iluminándome el Señor, me salva* (Ps. 26.). 3.º Mérito en todas mis obras. La acción es el producto del pensamiento y del afecto: podemos decir que ella saca todo su valor del principio de donde emana. Si los racimos son sanos, los ramos

lo serán también. En la vida del justo precisamente todo es meritorio porque vive de fe.

PUNTO TERCERO.— *El espíritu de fe nos hace idóneos para salvar á nuestros hermanos.* Es el espíritu de Jesucristo, y la verdad de Dios en nosotros. Considerado como verdad, nos enseña la excelencia de nuestras almas, el valor infinito de la Sangre esparcida por nuestra salvación.... y contribuye á inflamar nuestro celo. Como espíritu de Jesús en nosotros fecundiza y activa todas nuestras acciones. Podemos decir que es el Salvador mismo quien obra y habla en nosotros y por nosotros. Así únicamente es cómo tienen fácil explicación todas las maravillas que realizaron en el cumplimiento de su ministerio los hombres apostólicos.

MEDITACIÓN II

El espíritu de fe. Su poder

- I. Sobre el Corazón de Dios.
- II. Sobre el corazón del hombre.

El sacerdote que quiera medir con su debilidad las dificultades que debe vencer para salvarse y salvar á sus hermanos, ha de padecer inevitable desaliento; pero si considera cuánta es la fuerza que, si lo quiere, puede hallar en su fe: *Fortes in fide* (1), se llena de seguridad y de confianza. ¿Hay, con efecto, obstáculo del cual no triunfe un hombre que lo puede todo con relación á Dios y con relación á sí mismo? Con relación á Dios para alcanzar de El todos los socorros que desea y con relación á sí mismo, á fin de estar pronto para todos los sacrificios que la gracia exige. Tal es la prodigiosa eficacia del espíritu de fe: nos da esta doble omnipotencia.

(1) San Pedro.

PUNTO I

Omnipotencia del espíritu de fe sobre el Corazón de Dios

El Salvador nos ha prometido de un modo muy formal que siempre oirá la oración que vaya informada por la fe viva. Escuchemos, adoremos á Aquel que habla y creamos. *Quæcumque petieritis in oratione credentes, accipietis* (1). *Omnia quæcumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis....* (2). Los que oían estas palabras acababan de ser preparados á ello por un lenguaje más admirable aún. «Tened la fe de Dios, les había dicho el Salvador después de los milagros operados en su presencia: *Habete fidem Dei*, es decir, una fe plena y perfecta, tal como la merece un Dios cuando habla: *Amen dico vobis, quia quicumque dixerit huic monti: Tollere, et mittere in mare....*» Esto es pedir claramente un milagro extraordinario; para concedérmelo ¿qué es lo que de mí se exige? Una sola cosa: que no haya duda alguna en mi corazón, sino una fe sencilla y arraigada; «*Et non hæsitaverit in corde suo, sed crediderit.*» Por esto mismo os lo digo, añadió el Hijo de Dios, todo cuanto pidieréis en vuestras oraciones, creed que lo recibiréis, y en efecto se os concederá: *Propterea dico vobis: omnia quæcumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis.*»

A este oráculo, muy poco meditado, agreguemos el del apóstol Santiago: «Si alguno de entre vosotros se halla falto de esa sabiduría que hace gustar las cosas de arriba al propio tiempo que las hace conocer: *Si quis vestrum indiget sapientia*, que se la pida á Dios sin temor de padecer rechazo; pues ella es un bien que El da con abundancia y que querría comunicarlo á todos: *Postulet a Deo, qui dat omnibus affluenter, et non improperat, et dabitur ei*; pero que su petición

(1) Matth., XXI, 22.

(2) Marc., XI, 24.